



NUEVO  
TALENTO  
CROSSBOOKS

NEREA LLANES

MAGIA  
DE NIEVE  
Y HIELO

CROSS  
BOOKS

NEREA LLANES

MAGIA  
DE NIEVE  
Y HIELO



CROSS  
BOOKS

CROSSBOOKS 2023  
crossbooks@planeta.es  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A

© del texto: Nerea Llanes, 2023  
Ilustración de cubierta: Gonzalo A. Mendiverry @gonzalom.art, 2023  
Diseño de mapa: Pablo Medina  
© Editorial Planeta S. A., 2023  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: mayo de 2023  
ISBN: 978-84-08-27195-6  
Depósito legal: B. 7.160-2023  
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.  
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.  
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.  
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.  
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

# Capítulo 1



La casa retumbó con el sonido de los pasos apresurados que salían de las habitaciones hacia el jardín. La noche brillaba implacable en el cielo y la luna lejana y fría colaba su luz por la ventana.

Dio un último vistazo a su habitación. Cogió las dos hojas de metal brillante, Muerte y Sombra. Así las había bautizado la primera vez. Se las colocó a los dos costados de las caderas. Y un cuchillo en el tobillo derecho.

Se metió sus largas trenzas dentro de la capucha que se bajó hasta la punta de la nariz.

Una hoja más en el muslo.

Y miró una última vez el pequeño espacio abuhardillado. La cama diminuta y destartada, los libros desgastados, los cortes en la madera... Pasó los dedos llenos de anillos plateados por dos nombres que había tallados en la pared. Una silenciosa despedida.

Bajó las escaleras a toda prisa y se agarró al pasamanos para saltar hacia abajo aterrizando con la destreza de un felino.

—Siempre presumiendo —siseó Conrad.

Ella le dedicó una reverencia sarcástica y le enseñó unos

dientes brillantes. Podría haber pasado por una sonrisa si no fuese por la letalidad que prometían.

—¡Wynd! —bramó la voz de Nana desde el jardín.

—Buena suerte —le deseó Conrad.

—Deséasela a ellos —contestó ella dándose la vuelta hacia el jardín.

Se puso en la fila junto con Rendry y Alyn. Los dos la miraron de reojo y le sonrieron escuetamente. Habían repetido el mismo proceso decenas de veces. Nana solía juntarlos por experiencia y habilidades de modo que conformaba pequeños escuadrones.

A veces los miembros cambiaban, dependía de si había habido alguna baja en una misión o si esa persona había sido asignada a algo más grande. Como estaba a punto de pasarles a ellos tres.

Wynd nunca había estado más de una semana fuera de los Páramos. Siempre le habían tocado trabajos en ciudades cercanas, y casi siempre habían consistido en robos y espionaje. Era la más escurridiza y silenciosa de la casa. Algún que otro asesinato de sidh y alguna que otra caza de sombras. Pero esta era la primera vez que le asignaban algo grande e importante.

—Hoy los tres partís sin una fecha. Los tres tenéis una misión realmente importante que cumplir —comenzó a decir Nana desde la penumbra—. Lleváis años entrenando para este momento, espero que no me decepcionéis.

Se acercó a ellos saliendo de su escondite. Su pelo oscuro, las cuencas vacías de donde le habían arrancado los ojos, sus dedos largos y huesudos, y esa piel tensa sobre los huesos afilados. Esa era Nana, curtida en mil batallas. Nana implacable, letal, casi inmortal.

—No olvidéis nunca a quién le debéis vuestra lealtad. Quiénes sois. Adónde pertenecéis.

—Somos nikt —respondieron ellos tres al unísono.

—Descubríos —ordenó Nana.

Los tres se levantaron la manga para mostrar las muñecas izquierdas, donde unas cicatrices plateadas brillaban mostrando una constelación nebulosa.

—No dudéis. No temáis. Incluso vuestra muerte algún día servirá al propósito. La muerte no es más que el renacer de algo nuevo.

Sus ojos huecos miraron a Wynd. Estiró su largo brazo y le echó hacia atrás la capucha para descubrirle el rostro. Los ojos plateados de la chica brillaron en la noche, el izquierdo con un zarcillo de ónice en el centro.

Los dedos de Nana recorrieron su piel suave, y Wynd hizo todo lo posible por no estremecerse. Después de Meridia, Nana era lo más parecido a una madre que había tenido. La que la había salvado de morir de hambre o devorada en aquel bosque a las afueras de Oed.

No había nada en ese mundo que Wynd no haría por la anciana. Nada. Todo lo que era se lo debía a ella, porque antes no había sido nada más que una niña indefensa, muerta de hambre, de miedo, de dolor. Nana le había dado un lugar y un propósito; la había convertido en alguien y ahora sentía que pertenecía a algo, que no estaba sola.

Nana le había dado esa oportunidad por la que suplicó en sus últimos momentos. Le había concedido la posibilidad de vengarse.

—¿Estás preparada? —le preguntó.

—Sí.

—Ten cuidado, los sidh son engañosos. Cuanto más tiempo pases entre ellos más difícil te será distinguir la verdad y la realidad del engaño, recordar dónde está tu lealtad. No olvides nunca, Wynd, que eres mi flecha. Una flecha envenenada directa a su corazón.

Los dedos de Nana tocaron la cicatriz de su muñeca izquierda, no la que la marcaba como una nikt, sino la que tenía unos centímetros más abajo. La que tenía forma de medialuna. Algo frío tiró del corazón de Wynd.

Ella asintió y sonrió de forma lenta. «Una depredadora». Así la había descrito Conrad una vez. No tenía miedo. Hacía tiempo, años, que había olvidado lo que era el miedo; porque ahora sabía luchar, pelear, defenderse y atacar.

—¿Los tienes? —preguntó Nana.

Wynd levantó los dedos llenos de anillos plateados forjados con piedra de luna y bendecidos por los sidh. Ni siquiera podía imaginarse lo mucho que le habría costado a Nana conseguirlos para ella. Eran un potenciador de energía, y sacarían la suficiente magia de su cuerpo como para que pudiese engañar a los propios sidh y entrar en aquella ciudad prohibida. Oed, su capital.

Wynd miró a sus hermanos nikt. Los olvidados, los que no eran nadie; esos eran ellos. Rendry, que tenía un poco de magia en sus venas, lo suficiente para ser considerado un sidh menor, entraría en la ciudad con ella y sería su contacto con el exterior, con Nana.

Alyn tenía otra misión de la que ellos no tenían por qué saber.

—No me falléis —fueron las últimas palabras de Nana antes de girarse y entrar en la casa.

Rendry y Wynd salieron disparados por el páramo hacia la laguna de luna. No había tiempo que perder. Llevaban meses preparando aquello y lo tenían todo cronometrado al milímetro. No podían permitirse fallar.

Ella era más rápida que él y guiaba la marcha entre las rocas que salpicaban la ciénaga. De repente, una cabeza cubierta de un pelo largo y oscuro emergió del agua burbujeante. Wynd reprimió un escalofrío.

—Banshee —murmuró.

Rendry viró a la derecha para esquivarla. Normalmente, esas criaturas se mantenían alejadas de ellos porque Nana las mantenía a raya. Pero no se podía confiar demasiado en su hambre voraz. Wynd se agachó y se impulsó volando varios metros para aterrizar en la orilla de la ciénaga. La luz de la luna se reflejó en su pelo rubio plateado cuando se le cayó la capucha. Rendry movió las ramas frente a él con una ráfaga de aire y alcanzó a Wynd con rapidez. Pasaron a través del espeso y húmedo bosque del páramo donde hasta las sombras parecían tener vida.

Wynd tenía el vello de la nuca erizado; se sentía observada por mil ojos. Cerró los puños con fuerza y sintió el poder de los anillos palpar en su interior, como si una pequeña bola de calidez creciera en su pecho. Suspiró y trató de relajarse.

El brillante reflejo de la laguna apareció como un oasis en medio de la oscuridad. Se frenó en seco, con las botas raspando contra el musgo, y a los pocos segundos también lo hizo Rendry. Una fina capa de sudor le caía por el cuello.

—¿Lista? —le preguntó mirándola.

Wynd le tendió la mano. La cicatriz de su muñeca izquierda brilló reflejando la luz de la laguna. Cogió aire para llenar los pulmones y asintió con decisión. Ambos dieron un paso hacia delante dejándose caer en la laguna de luna. El agua los acogió como sábanas de seda y los envolvió lanzándolos hacia abajo. Abajo, abajo, abajo, y el mundo giró hasta que el agua los expulsó totalmente secos.

Siempre la mareaba la experiencia; era como caer desde un precipicio y frenarse en el último momento. Sin duda prefería correr antes que usar las lagunas de luna, pero estas eran mucho más rápidas para distancias largas.

—Cinco minutos —anunció Rendry algo pálido.

Wynd asintió y comenzó a moverse con rapidez cuando volvió a sentir el estómago en su sitio.

—Odio las lagunas de luna —murmuró.

Él soltó una risita al escucharla y sus ojos se estrecharon ligeramente. No tenían las franjas verticales de los sidh, aunque había un tenue toque de luz cerca de sus pupilas. Ella se preguntó si su madre o su padre habrían sido sidh puros.

Llegaron al camino principal y se quedaron en las sombras. A lo lejos, se veían las luces de la imponente ciudad de Oed. A Wynd, el corazón comenzó a martillearle con fuerza en el pecho. Se puso los guantes, unos que escondían pequeños discos cortantes. La adrenalina le rugía en los oídos. Sabía lo que tenía que hacer, sabía que podía hacerlo, pero en esos segundos previos siempre le ocurría lo mismo.

Se oyeron los pasos lejanos de los caballos. Tanto Rendry como ella subieron a los árboles que bordeaban el camino y se camuflaron con la noche.

—Tú vas a por la chica, yo me ocupo de su acompañante —susurró Rendry.

Todos los jóvenes sidh entre diecisiete y veintiún años habían recibido la carta de convocación para entrar a la Orden de los rhydra. Aunque no todos estaban dispuestos a ir. Las pruebas no eran sencillas, solo unos pocos conseguían terminarlas con éxito —aunque nunca se decía ni quiénes ni cuántos—, pero era un gran honor formar parte de ellos, pues eran los guardianes del orden y la paz.

Los que decidieran presentarse tenían que estar a la mañana siguiente en la Academia para pasar las pruebas. Por supuesto, Wynd no había recibido la carta, pero ese era un problema del que estaba a punto de ocuparse.

El paso de los caballos se oyó cerca y las figuras se distinguieron recortadas contra la luz de la noche. Sus hermanos nikt habían conseguido información de una sidh que

víajaría esa noche desde Rasgard, la ciudad más cercana a los Páramos y una de las que peor fama tenían en toda Abscondita.

—Prepárate, puede ponerse feo —advirtió Wynd.

Se agazapó en la rama del árbol haciendo equilibrio solamente sobre las puntas de los pies. Contó los latidos de su corazón, tratando de calmarse.

Recordó la primera vez. Justo un año después de que Nana la encontrara en el bosque. Había estado entrenando con los demás nikt, aprendiendo a usar el cuchillo y su propio cuerpo para defenderse y atacar. Todavía era inexperta y recibía más palizas de las que podía contar. Era la más pequeña del grupo, aunque algunos de sus hermanos habían llegado más jóvenes que Wynd y llevaban allí tanto tiempo como podía recordar.

Nunca olvidaba la primera vez. Nunca dejaba de ver esos ojos. Nunca dejaba de escuchar esa súplica. El dolor. El olor. El color. Había olvidado a muchos de los que vinieron después; eran demasiados para contarlos, pero del primero siempre se acordaría. La perseguía en sus sueños.

Entonces lo sintió: el cambio en el aire, el temblor de la tierra. Abrió los ojos y se encontró con los de Rendry, y ambos saltaron hacia abajo. Wynd cayó sobre el caballo de la chica. Era menuda. Le puso una mano en la boca para que no pudiera gritar.

La sidh se retorció asustada y el caballo se sacudió agitado. Wynd apretó los dientes y sacó a Sombra. Las manos de la chica sidh soltaron las riendas y la agarraron, sus dedos le enviaron una descarga eléctrica por la piel.

Wynd reprimió un gemido de dolor. Se le tensaron los músculos de forma involuntaria y soltó la boca de la chica. Wynd gruñó cabreada. La cogió del pelo mientras la sidh trataba de volver a tocarla. Tiró con fuerza echándole la cabeza

hacia atrás y movió a Sombra con rapidez para cortarle la garganta con un tajo limpio. La sangre le salpicó las manos.

—Mierda.

Había deseado que fuera rápido y silencioso. Por suerte, estaban lejos de la ciudad y era poco probable que alguien los hubiese oído. Frenó al caballo con una mano mientras sujetaba a la chica con la otra.

Rendry a su lado se había encargado del otro clavándole una hoja en el pecho.

—Yo me ocuparé de ellos —le dijo—. Coge la carta y el caballo y vete. Tienes que estar allí al amanecer. ¿Sabrás encontrar la Academia?

—Sí, Nana me ha enseñado el mapa mil veces.

Bajó a la chica inerte del caballo y la dejó en el suelo. Una nube se movió y descubrió la luna, por lo que pudo ver el brillo rojo en sus guantes. Sintió un tirón en el pecho, y la cara se le encogió en una mueca que consiguió borrar antes de que Rendry pudiese verla. Era una sidh y merecía morir. Un alma más para los remolinos; un alma más para restablecer el equilibrio perdido.

Y aun así, se sacudió las manos deseando que aquella mancha escarlata desapareciese del cuero.

—Ten cuidado.

—Lo tendré.

—Nos vemos tras las pruebas. Si no sabemos nada de ti una vez finalicen, supondremos que has muerto.

Wynd asintió. Se subió al caballo sin decir nada más y cabalgó hacia la Ciudad de los Deseos.